

LIBROS

66

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2019

Mario Vargas Llosa
• TIEMPOS RECIOS

Diego Vecchio
• LA EXTINCIÓN DE LAS ESPECIES

Géraldine Schwarz
• LOS AMNÉSICOS

Martin Amis
• EL ROCE DEL TIEMPO. BELLOW,
NABOKOV, HITCHENS, TRAVOLTA,
TRUMP Y OTROS ENSAYOS (1986-2016)

Mario Levrero
• CUENTOS COMPLETOS

Geney Beltrán Félix
• ADIÓS, TOMASA



NOVELA

El corazón de las tinieblas



**Mario
Vargas Llosa**
TIEMPOS RECIOS
Madrid, Alfaguara,
2019, 354 pp.

DANIEL GASCÓN

La nueva novela de Mario Vargas Llosa nos devuelve a un mundo que conocemos por otros de sus libros, en especial por dos de sus obras maestras: *Conversación en La Catedral* (1969) y *La fiesta del Chivo* (2000). Como las anteriores, *Tiempos recios* es una novela política, ambientada en una atmósfera un tanto insalubre de conspiraciones y dictaduras, que gira en torno a la corrupción y el poder y las debilidades humanas. En ella conviven algunos seres más bien siniestros, víctimas de las circunstancias y supervivientes capaces de cualquier cosa para salir adelante, canallas a quienes su falta

de escrúpulos no les impide caer en desgracia y unos pocos idealistas que se enfrentan a fuerzas más poderosas que ellos. Toma el título de una frase de santa Teresa, transcurre en la Guatemala de mediados del siglo xx, aunque tiene una mirada internacional y ofrece un panorama sobre un periodo histórico de América Latina.

El contexto de la novela tiene un componente de denuncia: la injerencia estadounidense, facilitada por una combinación de cinismo y de la histeria anticomunista de la Guerra Fría. Estados Unidos y sus empresas –en este caso, la United Fruit Company– no toleraban que los países latinoamericanos donde operaban tuvieran el mismo tipo de régimen que había al norte de Río Grande: en el extranjero gozaban de posiciones monopolísticas que eran ilegales en Estados Unidos; evitaban pagar impuestos en otros países que debían pagar donde tenían la sede.

Los pocos personajes positivos de esta novela sobre el mal –entre ellos destaca el presidente Jacobo Árbenz– intentan establecer en su país una democracia capitalista con organizaciones sindicales y un reparto más justo de la riqueza, y defienden una reforma agraria que reduzca una desigualdad casi feudal. El objetivo no es construir un régimen comunista al servicio de la Unión Soviética en Centroamérica, como decía la propaganda, sino instalar una democracia similar a la estadounidense. Esa transformación implicaría una caída de los beneficios empresariales; el temor justifica la estrategia de desestabilización. Entre las consecuencias de ese imperialismo están numerosos crímenes y violaciones de derechos, la prolongación de la

injusticia, el cortocircuito de la democracia y una reacción antiimperialista que incluía una violenta fantasía revolucionaria.

Aunque tiene ese punto de partida, *Tiempos recios* no es un relato de tesis o un ensayo camuflado, sino un preciso artefacto novelesco, que opera con las reglas de la narración y la desprejuiciada capacidad exploratoria de la ficción. Se divide en dos partes de extensión muy distinta: Antes, que es el grueso del libro, y Después, un epílogo que añade un nuevo giro, con alguna incógnita adicional y una aproximación a lo cercano que paradójicamente refuerza un tono de cuento clásico. Tras una especie de prólogo que, con un estilo casi periodístico, narra el encuentro de Edward L. Bernays, teórico de la publicidad y la manipulación de las masas, y Sam Zemurray, de la United Fruit Company, el relato está compuesto por 32 capítulos que siguen a varios personajes en temporalidades distintas: Johnny Abbes García, un espía dominicano destinado a Guatemala; Marta Borrero Parra, una mujer de la buena sociedad a quien su familia expulsa por quedarse embarazada y que acaba siendo amante de Carlos Castillo Armas; la trayectoria de Castillo Armas, militar golpista y presidente de Guatemala desde 1954 hasta su asesinato tres años más tarde; el tiempo en la presidencia de Jacobo Árbenz; la peripecia de Enrique Trinidad Oliva, responsable de seguridad de Castillo Armas. Entre los personajes más logrados de la novela están Abbes García y sobre todo Marta Borrero Parra. Entre los secundarios hay algunos con elementos de humanidad, como Efrén, el marido de Marta; otros son deliberadamente esquemáticos o imprecisos.

Con una habilidad que no por conocida es menos deslumbrante, Vargas Llosa maneja los hilos de la historia: juega con la regularidad —la preparación de un atentado en los capítulos pares al comienzo— y la variación para crear suspense, mezcla géneros y ambientes —del retrato del poder a la novela de espías, pasando por un tono a veces entre humorístico y sentimental, con momentos melodramáticos—, combina los hechos históricos con la fabulación literaria, la claridad con el escamoteo de información que incrementa la intriga, aquello que sabe un personaje gracias a un anuncio —confirmado, emitido por el narrador— o el presagio —casi siempre certero— de un desenlace fatal. Uno de los capítulos más llamativos, en el aspecto formal, es el séptimo, contado desde el punto de vista del dictador Rafael Trujillo, en torno al que giraba *La fiesta del Chivo*. Es una serie de conversaciones superpuestas (no exactamente el célebre diálogo telescópico) que cuentan el apoyo y la decepción de Trujillo con Castillo Armas y un posterior encargo a Abbes García que es central en la obra. Al mismo tiempo, la forma de la novela puede verse como un conjunto de tramas que se encuentran en un punto central, y que después de ese estallido comienzan a disgregarse de nuevo.

Tiempos recios, que cuenta episodios como el enfrentamiento de los cadetes contra las tropas de Castillo Armas nada más alcanzar el poder, también habla de los efectos de la propaganda y de la implicación de diplomáticos, militares y agentes estadounidenses y de la Iglesia. Es una novela sobre el poder y la crueldad, y también en cierta manera sobre el miedo. El sexo que aparece es más sórdido que feliz

—una relación de una adolescente con un amigo de su padre que termina en un embarazo, encuentros prostibularios, transacciones con elementos de chantaje e intimidación— y a menudo está vinculado a un miedo, a una violencia que no necesita ser explícita para estar presente. El miedo atormenta a los torturadores y a quienes abusan de su poder, que temen caer en desgracia y terminar en manos de sus víctimas o de protectores que han cambiado de opinión.

Mario Vargas Llosa ha escrito una novela sólida, intelectualmente honesta y de admirable pulso narrativo. En algunos momentos hace pensar en Graham Greene, y en otros en Joseph Conrad, una similitud posiblemente más decisiva. Pero sobre todo recuerda a algunas obras inolvidables de su autor, y les hace buena compañía. —

DANIEL GASCÓN (Zaragoza, 1981) es editor de *Letras Libres*. En 2018 publicó *El golpe posmoderno* (Debate).



NOVELA

Nueva visita al museo imaginario



Diego Vecchio
LA EXTINCIÓN DE LAS ESPECIES
Barcelona, Anagrama, 2017, 192 pp.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

Hay libros portátiles, en nuestra época, que remiten a la enciclopedia. Es una forma, falsa o verdadera, de erudición originada en Borges y uno de sus caracteres evolutivos más incontrovertibles en

una novela que, como la de Diego Vecchio (Buenos Aires, 1969), tiene a la “teoría” de la evolución como una de sus tramas. Y si entrecomillo teoría es porque los darwinistas más radicales, al asumir como ciencia irrefutable al legado de Darwin, consideran que al dejar a la evolución, por prudencia o por afán hipotético, en una posibilidad entre otras, abrieron la puerta a los sinietros creacionistas o a quienes como Stephen Jay Gould aún aspiran a conciliar a la ciencia evolutiva con las religiones del desierto.

Eso dice John Dupré, atea radical, en *El legado de Darwin. Qué significa hoy la evolución* (2003), y si lo cito no es solo por pedantería, sino porque *La extinción de las especies*, de Vecchio, es esa clase de libro que no se agota en sí mismo, lo cual no es necesariamente una alabanza. Constata que, plena en referencias, reales o ficticias, la novela excita en el lector un deseo de conocer que el autor no colma. Obra cerrada, manual de museística y gabinete de antigüedades, esta novela abre—para su mayor disfrute o para su olvido como mera curiosidad—el camino a otras lecturas, probablemente infinitas.

La extinción de las especies termina con la siguiente frase: “el presente es el futuro del museo” y narra cómo sir James Smithson, mineralogista y químico británico, fallecido en 1829, lega su fortuna a Estados Unidos, financiando en sus comienzos al Instituto Smithsonian, gesto que al principio causa repugnancia nacionalista en el Capitolio. La historia de Vecchio es una reposición de la querrela entre las ciencias (en particular, la biología evolutiva) y las humanidades (la etnología y la pintura clásica), cuyo último capítulo memorable fue la discusión a raíz de *Las dos culturas* (1959)

de C. P. Snow y que Vecchio convierte en una lucha casi a muerte entre los museógrafos por el espacio vital donde unas colecciones privaran sobre otras. No es casual, finalmente, que el escenario de la novela sea Estados Unidos, acaso peyorativamente llamado alguna vez por George Steiner el “archivo de la civilización”, pues la incuria y las guerras en la vieja Europa lo dejaban en calidad de opulento custodio. Y, aunque no había que buscar en Norteamérica el origen de los museos, sí era la tierra donde la conservación de especies y objetos, naturales y humanos, se había convertido lo mismo en filantropía que en negocio. Ello nos lleva a un libro más, el de Marc Fumaroli, *París-Nueva York-París. Viaje al mundo de las artes y de las imágenes* (2009), donde el historiador y crítico francés destaca la figura de Phineas Taylor Barnum, “el inventor del binomio *marketing-entertainment*” (p. 135), porque a esa pareja remiten los sobresaturados museos de las primeras décadas del siglo XXI.

Por razones antidemocráticas los alemanes convirtieron la cultura en una religión laica y, por razones democráticas, Estados Unidos hizo lo mismo, volviendo la visita al museo, antigua casa de las musas y refugio del solitario diletante, una actividad multitudinaria. Vecchio, quien enseña en París “lenguas imaginarias y espectrales”, no debe ignorarlo en una novela que bien puede ser leída como una parodia de lo ocurrido con la obsesión del coleccionismo, hoy día una locura planetaria, cuyo origen es, por cierto, muy occidental. Los venerables templos hinduistas o sintoístas, por ejemplo, son sustituidos por réplicas de exactitud variable, cuando la feligresía los deteriora más allá de lo debido.

Como en algunas novelas de Giorgio Manganelli o de Julian Barnes, en la de Vecchio nos encontramos con una brevísima historia de la humanidad, en la que Zacharias Spears se adiestra en la taxidermia con los mutilados de la Guerra de Secesión, a quienes hace volver a casa “mancos, cojos, tuertos o desorejados, pero con los miembros extirpados en un frasco” (p. 29), o en la que la conquista del Oeste es una metáfora de toda conquista donde el Este se traga al Oeste. En su turno, el evolucionista Benjamin Bloom se hace preguntas sobre el desarrollo del hombre que apasionaron al siglo XIX para involucrarse en el terreno del parentesco entre los primitivos. En *La extinción de las especies* leemos otra versión—que hubiese complacido a Friedrich Engels y a Thomas Hunt Morgan—acerca de cómo el matriarcado fue derrotado por los varones, siendo la especie humana de origen arbóreo y todos nosotros, ardillas superdesarrolladas capaces de utilizar un reloj, lo que lleva a la prueba de la existencia de Dios aducida por William Paley en su *Teología natural* y rebatida por David Hume en uno de sus más célebres diálogos.

Los museos, en la novela a su manera histórica de Vecchio, se reproducen como hongos por Estados Unidos, al tiempo que las humanidades y las ciencias pelean por un lugar para sus hallazgos y hurtos en el desbordado Instituto Smithsonian. A los amantes de la pintura les parece un escándalo “el desequilibrio que existía entre el presupuesto acordado a la historia natural y a las bellas artes” (p. 85) y obran en consecuencia, poniendo casa aparte con la Galería de Bellas Artes y Retratos Nacionales, lo cual lleva a Vecchio al terreno del comercio de arte y al pleito

acerca de restaurar o no aquello en lo que incide—creador él mismo—el tiempo. Esa disputa enfrentó, también en el XIX, al arquitecto francés Eugène Viollet-le-Duc, quien a su vez nutrió la fantasía de Walt Disney, y a John Ruskin, enemigo de toda restauración y amante de las ruinas.

En el peor de los casos, la novela de Vecchio me resultó estimulante y me llevó a una relectura obvia, la de *El museo imaginario* (1947), libro humanista en el que André Malraux no estaba listo para abordar el llamado “efecto Marcel Duchamp” que dictará que es arte todo aquello habido en un museo. El cruce de civilizaciones que realiza Malraux, donde es impropio separar a lo colonial de lo cosmopolita, asume que el museo moderno existe en virtud del turista, creación decimonónica para quien la descomposición de un cuadro, antes de la intervención de los restauradores, es la pátina aristocrática de lo museístico. Admite Malraux que, en un museo, las divinidades antiguas pierden su halo pero asume precisamente que nuestras “casas de las musas” les otorgan una segunda oportunidad, la de encarnar esa nueva majestad, la de la cultura, esa religión laica, cuyo predominio, para Fumaroli (enemigo furioso de todo lo que fue e hizo el autor de *El museo imaginario*), es la perdición de las artes.

Abundan las novelas sobre los museos y, entre ellas, *La extinción de las especies*, escrita con elegancia, sobrevivirá a la vez con discreción y donaire. Su autor será él mismo, como lo fue el craneólogo Joseph Barnard Davis (1801-1881), a quien Martín Hadis rescató en *Literatos y excéntricos. Los ancestros ingleses de Jorge Luis Borges* (2006), un pariente remoto al cual habrá que convocar sin duda. Como este tío bisabuelo

de Borges, Diego Vecchio estará entre los personajes necesarios para resolver cómo llegamos al acertijo de un futuro probable: el de un mundo sin museos porque todo será un museo. —

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL es escritor y crítico literario. Este año apareció en Debolsillo la segunda edición corregida y aumentada de *Octavio Paz en su siglo*.



ENSAYO

Sin memoria no hay democracia



Géraldine Schwarz
LOS AMNÉSICOS
Traducción de
Núria Viver Barri
Barcelona, Tusquets,
2019, 396 pp.

ZITA ARENILLAS

“Nadie tiene derecho a ejecutar una orden que implica una acción criminal.” Ese fue el argumento que enarboló Fritz Bauer, un fiscal judío que tuvo que exiliarse antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial para escapar de los nazis y que fue uno de los protagonistas de la lucha por que Alemania se enfrentara a su pasado, condición indispensable para la construcción de una nueva democracia. Era la réplica a quienes, como Adolf Eichmann —juzgado y ahorcado en Israel gracias a la intermediación del propio Bauer: la República Federal de Alemania de Adenauer se desentendió cuando lo encontraron escondido en Argentina—, se defendieron diciendo que solo obedecían órdenes: “Mi falta es mi obediencia, mi sumisión.”

Ese mismo argumento es el que sostiene la periodista Géraldine Schwarz (Estrasburgo, 1974) en su

estupendo ensayo *Los amnésicos*, ganador de varios premios, entre ellos al mejor Libro Europeo 2018: quienes consintieron, miraron para otro lado o se aprovecharon de las circunstancias que impuso el régimen de Adolf Hitler son también culpables, aunque no mataran a nadie con sus propias manos.

Schwarz se centra en los *Mitläufer*, los “que siguen la corriente”; como sus cuatro abuelos: ella es de origen francés por vía materna y alemán por vía paterna. Esa doble condición la empujó a estudiar las diferentes maneras en que se gestionó la memoria de lo sucedido a mediados del siglo XX en Europa, cómo en unos países se hizo un trabajo de memoria más temprano y envidiable (Alemania), mientras que en otros se tardó demasiado, se pusieron excusas o se maquilló la realidad (Francia, Austria, Italia). Es decir: partiendo de la historia familiar, la autora cuenta parte de la historia de Europa, de ahí la importancia del subtítulo del ensayo: *Historia de una familia europea*: “Tejer dos hilos juntos, dar amplitud al relato familiar sometiéndolo al juicio de la Historia, a la sabiduría de los historiadores, esos detectores de mentiras y de mitos. [...] Quiero comprender lo que era para saber lo que es, devolver a Europa sus raíces, que los amnésicos intentan arrancarle”, escribe en la presentación.

Schwarz quiere contribuir a romper esa “conspiración del silencio” de la que hablaba W. G. Sebald, ese bloqueo que impedía a quienes vivieron aquellos años, tanto a las víctimas como a quienes consintieron, hablar de lo sucedido. Un ejemplo de ello es el abuelo paterno de la autora, quien se afilió al NSDAP (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei) por comodidad y no por convencimiento. Y que, como

muchos, aprovechó la necesidad de los judíos de vender sus negocios para sufragar su exilio y en 1938 compró a los hermanos Löbmann su pequeña empresa de productos petrolíferos. Gran parte de la familia Löbmann murió en campos de concentración, pero uno de los hermanos llegó a Estados Unidos y quiso ser compensado cuando, acabada la guerra, en la zona de ocupación americana se aprobó la *Rückertungsgesetz* (ley sobre la restitución). El abuelo de la autora se defendió, no solo porque económicamente le suponía un enorme agravio tener que pagar: verse de repente frente a frente con la realidad le resultó intolerable. E insistió en culpar a los judíos, y no a los nazis, de haber llegado a esa situación. El padre de Géraldine nunca consiguió que el abuelo le hablara del pasado.

Por otro lado, la abuela defendía al Führer porque, como la mayoría de la población, se dejó encandilar por la “impresionante empresa de seducción” del Reich, que usaba la cultura como instrumento de distracción y le permitió hacer un inolvidable crucero. No era antisemita. Tampoco hablaba con sus hijos sobre el pasado. Pero acabó suicidándose. El abuelo materno, francés, fue gendarme bajo el régimen de Vichy. Schwarz no conoce mucho sobre su historia, aunque supone que colaboró sin convencimiento. Una familia de *Mitläufer*.

La autora también alude a que hubo responsables y aprovechados en el otro bando. Por ejemplo, recuerda los bombardeos sobre civiles alemanes que ordenó la Area Bombing Directive británica. Al comandante en jefe de la Royal Air Force Arthur Harris lo apodaron “Bomber Harris”, y en 1992 se inauguró una estatua en su honor

en Londres. También se menciona que para los tribunales en los que se juzgaba a los verdugos del Tercer Reich suponía un problema evitar mencionar “los crímenes de guerra de los Aliados”. O que, durante el proceso de desnazificación, ingleses, estadounidenses, franceses y soviéticos sacaron provecho del conocimiento tecnológico de los alemanes, sobre todo en el sector armamentístico.

Los amnésicos no es original en eso de contar la historia a través de las historias. Por citar un ejemplo reciente, y aunque con un tono menos novelado, este ensayo recuerda a *Tal vez Esther*, de Katja Petrowskaja (Adriana Hidalgo Editora, 2015). Sin embargo, Schwarz va un paso más allá. El recorrido que traza, pasando de sus abuelos a sus padres y luego a su propia biografía, conduce hasta la actualidad, y en la gestión de la memoria histórica encuentra el motivo del auge del populismo de extrema derecha en nuestro continente: la Lega de Matteo Salvini en Italia, el FPÖ de Heinz-Christian Strache en Austria o el Frente Nacional de Marine Le Pen en Francia son consecuencia de un mal trabajo de memoria. También el AfD alemán, que obtiene mejores resultados en los *Länder* que pertenecieron a la República Democrática de Alemania, donde tras la caída del Muro de Berlín se arguyó que la Unión Soviética frenó al nazismo.

Rico en referencias a historiadores e intelectuales como Hannah Arendt, Karl Jaspers, Theodor Adorno y Max Horkheimer, con abundantes alusiones a la literatura y la cinematografía que ha tratado los mismos temas y con un cierto epílogo de José Álvarez Junco, *Los amnésicos* es una interesante radiografía del pasado europeo pa-

ra explicar su presente, pero también para alertar sobre lo que podría suceder si se menoscaban los valores democráticos que tanto ha costado conquistar: “El camino de una Europa a la otra es el de una inversión de la moral.” —

ZITA ARENILLAS es editora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



ENSAYO

El entusiasmo, la gratitud y el asombro



Martin Amis
EL ROCE DEL TIEMPO.
BELLOW, NABOKOV,
HITCHENS, TRAVOLTA,
TRUMP Y OTROS
ENSAYOS (1986-2016)
Traducción de Jesús
Zulaika Goicoechea
Barcelona, Anagrama,
2019, 416 pp.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

La vida del lector es inescrutable. No hay ruta fija. Toma un camino, encuentra un sendero, se aventura en él, se pierde, se cae, se levanta, sigue caminando sin tregua. Como el fumador vicioso que enciende un cigarro con la colilla del que se agota, el lector pasa de un libro a otro sin respiro, sin descanso.

La lectura no tiene fin, en los dos sentidos: es infinita (“los demasiados libros”) y no tiene un sentido definido. Salvo para los lectores académicos, que son lectores disciplinados y aburridos (ellos no leen a un autor, lo “trabajan”), la lectura es un placer salvaje. En la selva de los millones de libros existentes, el lector pasa de libro en libro como el hombre mono de liana en liana, suspendido en la credulidad de las historias que lee, en las imágenes, en las ideas, en los ritmos. Pero no todo es anarquía. El lector elige a sus autores por afinidad, ambición o fatalidad. De ellos quiere leerlo todo. Todos sus libros,

su diario, sus memorias, sus cartas, la crítica sobre su obra. Los libros autorizados y los clandestinos. Si se trata de un autor vivo, el lector persigue cada título nuevo y rastrea los viejos en librerías de segunda mano. Uno debe ser fiel a sus autores, es una de mis consignas. Cierto que no todos los libros de nuestros autores predilectos son buenos, hay altibajos, pero no importa, es como los días, los hay fastos y nefastos. No sé bien cómo pero Martin Amis se convirtió en uno de mis autores predilectos. En mi librero es vecino de Adolfo Bioy Casares y Henry James. Una vecindad excelente. Dos ingleses y uno que muy bien pudo serlo. Novelistas los tres, no desdeñaron el ensayo ni el artículo; los tres –además de estu- pendos narradores– son asimismo excelentes críticos literarios.

Disculpe el lector este circunloquio. Yo lo que quiero decir es que está circulando un nuevo libro de Martin Amis: *El roce del tiempo*, que reúne ensayos, reportajes y entrevistas sobre política, literatura y cultura. Sobre sus pasiones duras (Bellow, Ballard, Burgess, DeLillo, Updike, Nabokov), sus caprichos (Travolta, Maradona, Lady Diana) y las urgencias del presente (el terrorismo, Trump, la violencia). En suma, un libro que conjunta su entusiasmo por la vida, su gratitud hacia la literatura y el asombro ante un mundo inagotable, complejo y cambiante.

No es su mejor libro, ni el peor. No descubre nada. No ensaya una teoría ni descubre el hilo negro. Amis escribe con pasión sobre lo que ama –sus amigos (por ejemplo, Hitchens), sus vicios (la lectura, el póquer, la pornografía, el fútbol)– y sobre lo que odia –la banalidad, la crueldad, la estupidez.

El roce del tiempo es el quinto libro en el que Amis recoge sus artículos y ensayos. En 1986 publicó *El infierno*

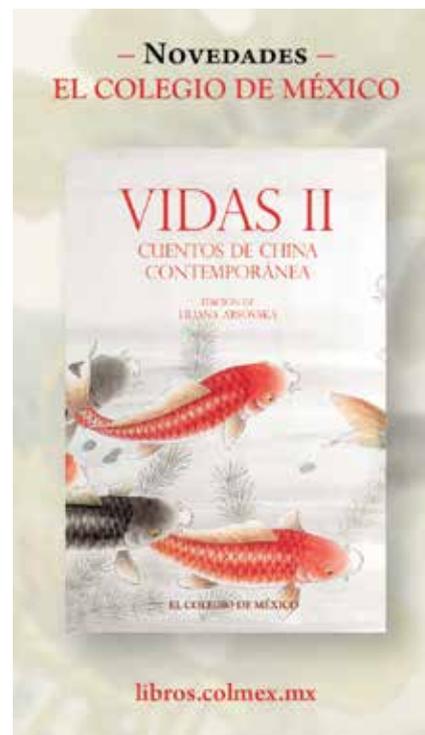
americano, en 1993 *Visitando a Mrs. Nabokov*, en 1999 *Amis omnibus* y en 2001 *La guerra contra el cliché*. Es un autor contundente en sus afirmaciones y vehemente en la promoción de lo que ama. Y lo que más ama es la literatura. Ama la novela judía norteamericana (Bellow, Roth), a los maestros del estilo (Nabokov, Updike), la gran escritura al servicio de la imaginación (Ballard, Burgess). Como buen escritor anglosajón, Amis desdeña todo lo que no esté escrito en inglés. Ignora olímpicamente las literaturas periféricas. No creo que sea un defecto sino una particularidad.

Uno tiende a disculpar a los autores que ama. Amis no. En *El roce del tiempo* incluye dos críticas devastadoras, una sobre *El original de Laura* (la novela póstuma de Nabokov) y otra sobre *Las lágrimas de mi padre*, la última novela de Updike. Ambos artículos los escribió cuando los autores aludidos ya habían muerto. En cierta ocasión, luego de leer dos reseñas muy negativas de Hitchens sobre Bellow y Updike, le habló y le dio un “consejo de maestra”: *No seas insolente con tus mayores*. Gran consejo literario.

Tal vez la más aguda observación literaria de Amis contenida en esta nueva entrega de sus ensayos sea la de que “todo escritor entabla un matrimonio platónico con sus lectores”. Matrimonio que incluye “cortejo, luna de miel, estrecha convivencia, desafección creciente y alejamiento final: camas separadas y, finalmente, cuartos separados”. Cita Amis como ejemplo de escritores que se han alejado de sus lectores (elitismo, quisquillosidad, falta de calidez) al Henry James y al James Joyce tardíos. Escritores a quienes, en sus últimos libros, ya no les importaban gran cosa sus lectores. Escritores que escribían para sí mismos, como el *Finnegans wake*

joyceano. No se trata de darle al lector lo que quiere leer renunciando a toda exigencia sino de ser amable con el lector, escribir para estimular su inteligencia y su sensibilidad. Es el caso de Saul Bellow: “El amor de Bellow por el lector ha sido siempre irrevocablemente subliminal y apasionadamente ardiente.” La última novela de Bellow (*Ravelstein*, 2000) se disfruta tanto como la primera (*Hombre en suspenso*, 1944). “El matrimonio fantasmático con el lector es la base del equilibrio creativo con el escritor.”

Uno se casa, para bien y para mal, con sus autores. Y se divorcia. Y se reconcilia. En los treinta años de mi matrimonio de lector con Amis hemos tenido grandes momentos (al descubrirlo, con *El libro de Rachel*; con su deslumbrante novela *La flecha del tiempo*, que transcurre hacia atrás; con *Koba el Terrible*, sobre Stalin, que me conmovió hasta los huesos) y momentos bajos con novelas de cuyos



nombres no quiero ni acordarme. Lo que más admiro de él (además de su aguda inteligencia, erudición y buen humor) es su libertad: para elegir sus temas, para seleccionar la estructura que más les conviene, para decir las cosas sin miedo de escandalizar. Una libertad contagiosa. Una libertad alegre. Una libertad para escribir que anima a su lector. Una libertad literaria que sabe transmitir con precisión su entusiasmo, su gratitud y su asombro. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.



CUENTO

Nada es real



Mario Levrero
CUENTOS COMPLETOS
Buenos Aires, Literatura
Random House, 2019,
656 pp.

ENRIQUE SCHMUKLER

La obra de Mario Levrero ha seguido un recorrido singular —que se ha repetido a menudo con otros grandes autores— y que, sin embargo, resulta difícil de explicar. Algo se produjo con su muerte, ocurrida en el año 2004, y con su maravillosa *La novela luminosa*, póstuma, inconclusa, publicada en el año 2005. En ese momento, quien hasta entonces había sido un escritor leído con devoción solo en pequeños círculos de entendidos de Montevideo y, sobre todo, de Buenos Aires (Elvio Gandolfo, Rodolfo Enrique Fogwill, Luis Chitarroni) obtuvo una impensada notoriedad. Una hipótesis plausible es la coincidencia de su publicación con cierto giro autoficcional de la literatura

latinoamericana a comienzos de este siglo, que condujo a los muchos lectores de *La novela luminosa* (fue publicada por primera vez en la editorial de un grupo multinacional) a leer *El discurso vacío* que, publicado casi una década antes, también es, como *La novela luminosa*, una especie de ejercicio de estilo que sigue los patrones del diario de escritor.

El malentendido fue considerar en un comienzo a Levrero como un escritor de autoficciones, cuando en realidad aquellos dos últimos textos eran apenas una variación más de una escritura consolidada durante décadas, para la que es muy difícil encontrar un adjetivo que le haga justicia. De hecho, poco y nada dice de su obra que se la asocie con la de Franz Kafka. Es, a esta altura de los acontecimientos, un lugar común de la crítica y del periodismo cultural, acaso también de prologuistas y autores de contratapas. Por supuesto: la subjetividad encerrada en los laberintos de una imaginación apabullante, invariante de los cuentos, novelas, aforismos y diarios del escritor praguense, puede detectarse sin gran dificultad en la del montevideano. Pero hay, no obstante, algo más. Y es quizás ese excedente el regalo más valioso que los *happy few* pueden obtener de los *Cuentos completos* de Mario Levrero, una compilación de más de seiscientas páginas realizada por el hijo de Levrero, Nicolás Varlotta Domínguez.

Es algo más es aquello que Levrero, como una pertinaz Josefina kafkiana, insiste en afirmar que no existe: lo real. ¿Cómo lo hace? Llenándolo de huecos, de inconsistencias lógicas, de discontinuidades y pliegues, de literatura. En los primeros cuentos de los años setenta y principios de los ochenta (incluidos en *La máquina de pensar en Gladys*,

de 1970; en *Todo el tiempo*, de 1982, o en *Aguas salobres*, de 1983) esto es particularmente notorio. En uno de esos textos, “Alice Springs (el circo, el demonio, las mujeres y yo)”, que ya desde el título hace un guiño al pasaje de mundos y a la contigüidad de universos desproporcionados de *Alicia en el país de las maravillas*, Dante, el personaje principal, vive cautivado por la irrealidad de lo real desde que fuera testigo, en su niñez, de la llegada del Circo Electromagnético de Oklahoma. Escribe Levrero: “Pobre Dante: pasaría el resto de sus días viviendo de un recuerdo y repitiendo mecánicamente una filosofía estrecha que había aprendido de su único contacto especialmente distinto con la realidad, y nada más que para negar la realidad o, tal vez, sin saberlo, afirmar la única realidad de la Nada como cosa existente.”

Esa “filosofía estrecha” de Dante no es otra que la cosmovisión de la niñez congelada en la vida adulta. La literatura infantil es, por supuesto, otra muy frecuentemente citada clave de lectura de estos cuentos que pueden definirse como *cuentos para niños-adultos*, en el sentido más perversamente levreriano de esa combinación. Allí está el cuento “El sótano”, por caso, cuya intriga gira en torno al elemental misterio que produce en un niño la puerta cerrada de un sótano junto con la curiosidad inagotable que despierta en él lo que hay del otro lado. Ese misterio acicatea siempre la misma pregunta (¿qué hay en el sótano?) que conduce a la proliferación de mundos incongruentes (irreales) nacidos de la mente infantil y de la imposibilidad de saber qué hay en el sótano.

La realidad es el juguete preferido de Levrero. Su forma de operar es la descomposición. Como buen niño-hombre, sacude la solidez

aparente del universo en busca de una hendidura donde inocular su escritura rabiosa. Una vez desmontados, los objetos del mundo lo abarcan todo, fagocitando al sujeto mismo del juego. Esos objetos pueden ser cualquier cosa, desde una misteriosa caja negra o un encendedor, como en “La calle de los mendigos”, y el efecto puede ocurrir paulatinamente o como un “estallido negro, como si el mundo se fragmentara lleno de burbujas” produciendo sobre la sábana blanca del narrador “una nueva luna que había venido al mundo poblada de ciclistas” (“La toma de la Bastilla o cántico por los mares de la luna”, cuento incluido en *Espacios libres*, de 1987).

Lo que enseñan estos *Cuentos completos* es que, cuando por fin Levrero obtuvo el reconocimiento relativamente masivo que se merecía, no hizo más que seguir escribiendo como lo venía haciendo. En sus cuentos, el Mario Levrero escritor aparece casi siempre en un segundo plano, como un narrador que de tanto en tanto lanza alguna observación sobre su desdichado trabajo. Escribe uno de sus narradores: “Es verdad, tengo la cabeza podrida, llena de literatura, tienes razón: la literatura es una mierda. Incapacita para vivir [...]. Estoy incapacitado para cualquier actividad práctica. Soy un mal escritor, producto de la democracia. Cometieron el error de enseñarme a leer y a escribir, cuando en realidad tendrían que haberme enseñado a tirar de un carro.” Son este tipo de reflexiones las que habrían de expandirse, poco a poco, hasta obtener exclusividad en *La novela luminosa* y *El discurso vacío*. En estos textos, Levrero tan solo modificó las proporciones de las sustancias en sus experimentos, situando, como en todo diario, el problema del

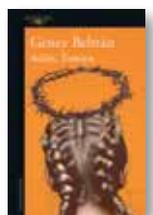
yo como un mundo autosuficiente, en constante desintegración. —

ENRIQUE SCHMUKLER es doctor en letras por la Universidad de París 8 y periodista. Coordinó y editó, junto a Maya González Roux, el volumen colectivo *Seis formas de amar a Barthes* (Capital Intelectual, 2015).



NOVELA

Para no olvidar



Geney Beltrán Félix
ADIÓS, TOMASA
Ciudad de México,
Alfaguara, 2019,
328 pp.

ATENEA CRUZ

Ya en su novela anterior, *Cualquier cadáver* (Cal y Arena, 2014), Geney Beltrán Félix había hecho patente tanto su interés por retratar la violencia normalizada en México como su disposición a tomar anécdotas autobiográficas para construir una ficción crítica. A diferencia de aquella otra, que transcurre en la capital del país en la época actual, *Adiós, Tomasa* se ubica en los años ochenta del siglo pasado y toma como escenario el poblado de Chapotán, en Tamazula, Durango (parte del llamado Triángulo Dorado del narcotráfico). En este su libro más reciente, Beltrán Félix interna al lector en lo más recóndito de la Sierra Madre Occidental, donde el crimen organizado y la rudeza del sistema heteropatriarcal son asuntos que las personas han asimilado con naturalidad y resignación.

La novela comienza con el secuestro y violación de Tomasa, una muchachita de bella apariencia y bonitos modos que, a sus catorce años, conoce bien los conflictos

familiares y el abuso sexual, todo mantenido en secreto, como dictan la tradición y el honor. La escena es cruda, rápida, y permite al narrador dar un salto temporal hacia el pasado: al momento en el que Tomasa llega a Chapotán, donde su tía Gertrudis la deja al cuidado de su madrina Maruca. A partir de ahí, el narrador se encarna en Flavio, el menor de sus dos hijos, quien se encargará de mostrarle al lector cómo era (¿es aún?) la vida en la sierra.

El título del libro, la sinopsis e incluso el arranque sugieren que la historia tratará de Tomasa, pero lo cierto es que esta es solo un pretexto para hablar de la verdadera protagonista de este relato, la familia Carrasco: las andanzas amorosas del patriarca don Eutimio, las aventuras pueriles de Flavio y Héctor, las angustias y recuerdos dulces de mamá Maruca, así como de todos los personajes que gravitan a su alrededor, incluida la familia del mismo Beltrán Félix, conocido como el Seco durante su niñez en Tamazula.

La narración nunca es inocente, a pesar de que está contada desde la perspectiva de un niño de nueve años: en la sierra los golpes e insultos son moneda de cambio y los balazos, una carta de presentación. La vida es dura y, por ello, el trato también: las cosas deben ser prácticas. El cariño y el romance son cuentos para convencer a las mujeres y *culiárselas*. El amor tiene, en cambio, formas silenciosas: los burritos de frijoles y queso con tortillas de harina recién salidas del comal, las abuelas sonrientes, las mujeres que se encargan de la casa y de proteger a Tomasa de una caterva de hombres de todas las edades, empeñados en poseerla como el objeto que es para ellos.

Flavio crece a la sombra de un padre rígido al que teme y no

comprende. La timidez del niño lo orilla a una introspección que deviene una rica vida interior y un agudo sentido de la observación. Ante su asombro sucede todo: el descubrimiento gozoso de la escuela, la tensa y amarga relación de sus padres, el dominio creciente del negocio de la siembra de droga, la migración al Otro Lado como única alternativa para los chicos del pueblo y la, en apariencia, inmutable vida en la sierra, que termina trastocada por los asesinatos. Hacia el final, por breves momentos la perspectiva cambia al hermano mayor, Héctor, para contagiarnos la extrañeza de un Flavio que deja de ser un niño modelo y pierde el camino.

Con un lirismo a veces desbordado de quien escribe desde la nostalgia —que, por fortuna, no detiene la acción principal—, la gran apuesta de Beltrán Félix es el lenguaje. Personajes y narrador reproducen el habla norteña de antaño, un recurso que por momentos es disfrutable, pero en otros resulta impostado. Los cuadros que conforman la novela pueden parecer pintorescos, pero no ocultan nunca la violencia cotidiana: tanto en las formas agresivas y homofóbicas que muestran niños y adultos, como en los duros castigos físicos que las amorosas madres prodigan a sus hijos para hacerlos hombres de bien.

La narración va y viene por las raíces y ramas del árbol genealógico de los Carrasco. Hay pasajes en los que el lector podría preguntarse en qué momento llegará el turno de conocer a profundidad a Tomasa. Sin embargo, la tensión se sostiene y unos cuantos indicios sobre el personaje invitan a seguir adelante. Es hasta la última parte de la novela cuando se retoma esta historia y su vínculo con Beltrán Félix, que interrumpe la ficción para entrar

en la trama como un protagonista que reconoce que todo ha sido una fabulación.

¿Puede entonces la ficción ser un vehículo para incidir sobre la realidad? Esta es la interrogante que subyace en *Adiós, Tomasa* y parece que la respuesta es afirmativa. Beltrán Félix escribe buscando descolocar al lector, no solo mediante el lenguaje, sino haciendo que se compenetre con personajes indefensos. Lo hace sin pretensiones moralinas: el autor invita a la empatía y nos recuerda que hoy más que nunca no podemos solo echar tierra sobre los muertos y guardar silencio porque cada asesinato, cada mujer violada, cada inmigrante desaparecido en México era una persona con una historia detrás, cuya ausencia afecta a otras vidas. Y alguien tiene que seguir contándolas para que hablemos. Para no decir adiós y olvidar.

Del mismo modo, Beltrán Félix reflexiona sobre la pertinencia de inventar una historia sobre una mujer real, de la que solo conoce la violencia que sufrió: “¿Quién soy yo, un bato privilegiado, para fabular la historia de una muchacha de familia pobre que fue raptada y violada?” ¿No es acaso un poco

vergonzoso, se cuestiona él, tomar la desgracia ajena como punto de partida solo para escribir un libro? Beltrán deja la pregunta en el aire para que lo decida el lector y también para curarse en salud de ciertas críticas. La respuesta es evidente, en tanto Tomasa no es el centro de la narración, sino el hombre (un niño apenas, pero hombre al fin) que la observa: Flavio, un niño blanco de familia acomodada con la posibilidad de estudiar y migrar del viciado ambiente. ¿Quién es él, entonces? Un hombre que toma como pretexto la violencia ejercida sobre las mujeres para seguir hablando de los hombres.

En este sentido, *Adiós, Tomasa* se sitúa en la zona intermedia donde el narrador cumple con una responsabilidad social, pero aprovecha temas espinosos para hacer literatura. El resultado es una novela con buenas intenciones, publicada en el momento histórico idóneo, pero cuya narración no confronta el asunto que promete y al final deja una sensación de medianía que la vuelve prescindible. —

ATENEA CRUZ es narradora. Es autora de los libros *Corazones negros* (Editorial An.alfa.beta, 2019) y *Ecos* (FETA, 2017), entre otros títulos.

